José María García

EL SUEÑO DEL MALVADO.

ADVERTENCIA.

En esta obra se ha hecho uso en el teatro del Circo de Madrid del moderno invento de los llamados espectros luminosos; pero los directores de los teatros de provincia que quieran ponerla en escena sin tal requisito, quedan autorizados para ello, como asimismo para hacer en este caso los atajos que estimen oportunos en el monólogo de German del acto tercero.

EL SUEÑO DEL MALVADO,

MELODRAMA EN TRES ACTOS,

IMITADO DEL FRANCÉS

POR

D. JOSÉ MARIA GARCIA.

Representado por primera vez en el teatro del Circo el 27 de Noviembre de 1863.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRÄS

N.º de la procedencia
1044

MADRID:
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1863.

PERSONAS.	ACTORES.
INÉS DE LARA.....	Doña Teodora Lamadrid.
MICAELA.....	Doña Josefa Hijosa.
GERMAN.....	D. Joaquin Arjona.
EL CONDE.....	D. Juan Benetti.
ALBERTO.....	D. Manuel Ossorio.
DON ÁLVARO.....	D. José Maria Garcia.
VALENTIN.....	D. José Miguel.
UN ESCRIBANO.....	
UN MÉDICO.....	

Lacayos, criados, mozos de labranza, alguaciles.

nman = Desde que este personaje se presenta al público debe hacerle comprender que padece de aneurisma.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, quien perseguirá ante la ley al que la reimprima ó represente sin su permiso.

Los corresponsales y agentes de la *Administracion lírico-dramática* son los encargados exclusivos de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

ACTO PRIMERO.

Sala de la casa solariega del Conde. Arquitectura antigua. Divide la escena horizontalmente un rompimiento de pilastras con grandes cortinas. En la parte que se extiende desde este rompimiento al proscenio, dos puertas á la derecha y una á la izquierda: una mesa en el centro: muebles antiguos. En el foro un balcon.

ESCENA PRIMERA.

MICAELA y despues GERMAN.

MICAELA. La señorita aun estará paseando. No sé qué gusto tiene en andar sola á estas horas por el jardin. Mas de tres años há que habitamos en este caseron, y á mí todavia no se me ha pasado el pavor que sentí al entrar en él por vez primera. Unos muros tan gruesos... unas habitaciones tan grandes... unas galerias tan largas, donde retumban los pasos como si el terreno que se pisa estuviera en hueco... unos muebles del tiempo del rey que rabió... unos cuadros tan feos y tan negruzcos... Si esto parece un castillo encantado; y como está en medio del campo, hay mayor motivo para tener miedo —Á mí á cada momento se me figura que voy á encontrarme de manos á boca con un fantasma ó un aperecido. ¡Ay! (Viendo á German, que entra dormido por la puerta de la derecha de segundo término.) ¡Ah! Es German.

GERMAN. No hay esperanza... Nunca... imposible..

MICAELA. Qué dice... Mire usted que es gracia la de este mostrenco... Como dicen que es... Siempre se me olvida... Ah, si: sonámbulo. Por ley de buen gobierno deberia prohibirse que andubiese ni hablase nadie dormido.

GERMAN. ¡Nacer, qué desgracia!... ¡Vivir, qué angustia!

MICAELA. Y como tiene ese aire tan tétrico, y dice en sueños unas cosas tan singulares, en viéndole asi me echo á temblar como una azogada.—German. (Acercándose á él con recelo y llamándole á media voz.)

GERMAN. ¿Por qué ha vuelto?

MICAELA. ¡Que si quieres! German. (Llamándole con voz mas fuerte.) Á la otra puerta.

GERMAN. Dicen que soy feo...

MICAELA. Y qué bien que dicen.

GERMAN. Dicen que soy tonto. ¿Tonto? Já... já... já... (Riéndose sarcásticamente.)

MICAELA. Se rie... pues esto es peor.—¡German! (Llamándole con voz muy fuerte, acercándose á él, dándole un empellon y retirándose en seguida precipitadamente.)

GERMAN. ¡Eh! (Despertando.) ¿Quién me llama?

MICAELA. ¡Gracias á Dios!

GERMAN. Me habria dormido, eh?

MICAELA. Asi parece, bien podias aguardar para dormirte á estar en la cama.

GERMAN. Me duermo sin querer.

MICAELA. Y mira donde te has metido.

GERMAN. Ah, en las habitaciones de la señorita.

MICAELA Si te encuentra aqui...

GERMAN. En otro tiempo cuando los dos eramos niños, estábamos juntos con frecuencia... Se fué... Ha vuelto al cabo de muchos años... Y como ya es una mujer, no hace caso del pobre German.

MICAELA. Si querria el muy zonzo que la señorita le tratase como á un igual.

GERMAN. No; si yo lo digo...

MICAELA. Harto hace con no dar quejas de tí al señor Conde.

GERMAN. De mí ¿por qué? (Sobresaltado.)

MICAELA. Porque eres muy indolente, un perezoso, que no cuidas el jardin siendo esa tu única obligacion en la casa.

GERMAN. Cuidar el jardin... mas de veinte años há que no hago otra cosa. Malditas sean las flores.

MICAELA. Mira que las flores son obra de Dios. Mal corazon se necesita para maldecirlas.

GERMAN. Los dichosos tienen muy buen corazon.

MICAELA. Y tú eres desgraciado... No faltaba mas sino que ahora te diera por echarla de sentimental. Ya se vé, como sabes leer y escribir...

GERMAN. Los pobres ni siquiera tienen derecho para ser desgraciados.

MICAELA. Eh, basta de conversacion, y vete en seguida.

GERMAN. Ya me voy... ya me voy.

MICAELA. ¡Ah! mira si ha vuelto Juanillo de Segovia con el correo, y si hay alguna carta para mí. (German permanece inmóvil mirando hácia dentro.) Estás en babia ¿No oyes?) (Yendo hacia él.) La señorita.

GERMAN. Si..... la señorita... (Haciéndose á un lado para dejar pasar á Inés, que sale por la puerta de la derecha de segundo término.)

MICAELA. Hay hombre mas tonto? Ahora se queda ahí hecho una estátua. Fuera de aqui.

GERMAN. (¡Imposible... Imposible!)

ESCENA II.

INÉS y MICAELA.

INES. Pobrecillo. ¿Por qué le tratas de esa manera?

MICAELA. ¿Pues no vé usted que cada dia está mas lelo?

INES. Por eso mismo es digno de lástima.

MICAELA. No sabe usted qué susto me ha dado el pícaro. Dormido se ha entrado aqui. Y ya se vé, como en esta casa vive una escamada...

INES. El miedo es contagioso y has logrado pegarme el tuyo. Ahora casi todas las noches se me figura oir pasos en esta habitacion, y aun teniendo cerrada por dentro la puerta de la alcoba me dá un miedo tan grande.... La otra noche que me quedé dormida en ese sillon creí sentir que me daban un beso en la mano. Desperté sobresaltada y me hallé á oscuras. La luz se habia apagado. No sé explicarte lo que pasó por mí.

MICAELA. ¿Con que un beso, eh? (Con acento de miedo.) Sin duda estaria usted soñando.

INES. Eso creo yo.

MICAELA. Pues mire usted, cosas peores podia una soñar.

Padece mucho, y el medico dice que viviria poco.

INES. Micaela, tengo que darte una buena noticia.

MICAELA. ¿Cuál?

INES. En casi todas las cartas que mi padre ha recibido de sus amigos de Madrid, le hablan de las proezas de Alberto en la guerra, y del afecto con que el rey le distingue. Se conoce que hoy es el niño mimado de la fortuna. Mi padre, que por estimarle indigno de ser mi esposo, le miraba antes con odio y desden, ahora, sin reparar en que yo estaba delante, ha hecho de él los mayores elogios. Yo, al oirle, lloraba de alegria. ¿Cuál mas grande para una mujer que oir en boca de su padre alabanzas del hombre á quien tiene amor?

MICAELA. ¿Y espera usted que al fin se ablande?

INES. Si: espero ver santificado mi cariño con la bendicion de mi padre. Es tan bueno; ama tanto á su rey y su patria que no podrá negarse á quien por amor de la patria y el rey ha regado los campos de batalla con sangre de sus venas. Pero, ¿qué digo por amor de su patria y su rey? Todo cuanto ha hecho, lo ha hecho por mí. Su patria soy yo, su reina soy yo, yo lo soy todo para él. Cuando se metia con su caballo por en medio de los franceses para cogerles una bandera, con ese trofeo no aspiraba á ganar grados ni condecoracianes, aspiraba á ganar mi mano. Volaba impávido á tomar una bateria por entre nubes de metralla, porque asi hacia mas corta la distancia que le separa de mí. ¿Ves qué hombre tan noble y generoso? ¡Ves cuánto me quiere! Loca estoy de orgullo y placer. ¡Cuánto compadezco á todas las demas mujeres! ¿Qué saben las pobres de amor? ¡No han sido amadas por él!

MICAELA. Vaya, señora, que eso es ya demasiado. Muy buen amante es mi señor don Alberto, pero á fé que otros no le van en zaga. Y si no ahí está su criado Valentin, que me quiere á mí mas que á las niñas de sus ojos. Maldita la gana qne tenia el infeliz de reñir con nadie, pero en cuanto yo le mandé que se fuese con su amo á la guerra, obedeció como un suizo.

INES. ¡Tres años sin verle! ¡Tres años!

MICAELA. Ya no pueden tardar.

INES. ¿No has tenido hoy carta de Valentin?

MICAELA. German ha ido á preguntar...

INES. Media hora há que recibió mi padre las suyas. Vé tu

misma...

ESCENA III.

DICHAS y GERMAN.

GERMAN. Esta carta... (Á Micaela desde la puerta de la derecha.)
MICAELA. Dame y echa á correr.
GERMAN. Bueno.
INES. Á ver. (Tomando la carta de manos de Micaela y mirando el sobre.) Si: letra es de Valentin.
MICAELA. ¿Aun no te has ido? (Volviendo la cabeza y viendo á German que permanece inmóvil cerca de la puerta.)
GERMAN. No. (Con ira.)
MICAELA. Insolente!
INES. ¿Qué es eso?
GERMAN. Nada. (Váse.)

ESCENA IV.

INÉS y MICAELA.

INES. Esta es para mí. (Con mucha alegria despues de haber sacado del sobre dos cartas y desdoblado una de ellas.)
MICAELA. Empiece usted por la de Valentin.
INES. Quita, necia. (Recorriendo con la vista la carta que antes ha desdoblado.)
MICAELA. Bien: deme usted la mia. (Tomando la carta de Valentin, abriéndola y fijando en ella los ojos) ¡Qué! si cuando una no sabe leer, no entiende ni una letra.
INES. Dame una silla. (Muy conmovida.)
MICAELA. ¿Se siente usted mal? (Acercándole una silla. Descórrese un poco una de las tablas del friso, y por la abertura que en él queda, asoma el rostro German.)
INES. No; si no que... ¿Sabes lo que dice?... Que llegará á Segovia poco despues que esta carta.
MICAELA. Con que ya habrán llegado. ¡Qué gusto! Y no poder descifrar yo estos garabatos, siendo tan gordos! (Mirando de nuevo la carta con mucha atencion.)
¡Nada!... ¡Ni una jota! Valentin escribe muy mal.
INES. Que vendrá á verme esta misma noche... Que escalará ese balcon, si yo le doy licencia para ello por medio de

la señal convenida. Si: que venga. No puedo, no debo, no quiero negarle este favor.

MICAELA. Bien hecho... No es cosa de que se dé en balde el paseito que hay desde Segovia hasta aqui. ¡Valentin vendrá con él!

INES. ¡Voy á verle! ¡Bendita sea la bondad de Dios!

MICAELA. Pero y la carta de Valentin ¿no se lee nunca?

INES. Si trae; ahora te toca á tí. (Tomando la carta que le dá Micaela.)

MICAELA. Á ver qué dice. (Con regocijo.)

INES. «Micaela mia de mi corazon (Leyendo en voz alta.) y de »mis entrañas.»

MICAELA. Qué bien se explica el bribonzuelo.

INES. «Esta sola se dirige á manifestarte que yo y el amo »salimos mañana para Segovia, y que muy pronto, »Dios mediante, veré tu cara de cielo, si Dios quiere. »Me temia que no iba á llegar nunca la hora de dejar »los Madriles, porque el amo ha tenido estos dias un quebradero de cabeza...» ¿Eh?

MICAELA. ¿Cómo? Se habrá usted equivocado... Cuando digo que escribe muy mal.

INES. «Ha tenido un quebradero de cabeza con la hija de un »general, á quien salvó la vida en una batalla. Los se»ñores, por lo visto, no se contentan con una sola, y »necesitan dos á lo menos para que se suplan en au»sencias y enfermedades. Milagro de Dios ha sido que »no deje plantada á tu señorita. Con esto no te canso »mas y...» ¿Has oido? No sé qué me sucede.

MICAELA. No haga usted caso de lo que dice ese majadero. La echa de malicioso, y dá una en el clavo y ciento en la herradura.

INES. ¡Ah! «Posdata. (Leyendo.) Como sé que la señorita te »lee mis cartas, no estará de mas advertirte que esta »no debe leértela la señorita.»

MICAELA. ¡Habrá bárbaro! Es un animal; créalo usted.

INES. ¡Y yo que jamás habia puesto en duda su amor! ¡Qué desengaño tan cruel! ¿Cómo no me muero de angustia y vergüenza? (Dejando caer al suelo la carta de Valentin.)

MICAELA. Pero si lo que dice Valentin no puede ser verdad... ¡Alguna cavilacion suya! El señor don Alberto no quiere ni ha querido nunca á nadie mas que á usted.

INES. Es un infame... un aleve... el peor de los hombres.

Me queria por cálculo: por cálculo insistirá quizá todavia en casarse conmigo. ¡No lo quiero pensar! ¡Ay, Micaela, se acabaron mis ilusiones, se acabaron mis esperanzas: todo se acabó ya para mí!

MICAELA. El amo, señorita. (Inés se enguja las lágrimas precipitadamente y procura serenarse.)

ESCENA V.

DICHAS y el CONDE. Sale por la puerta de la derecha, segundo término.

CONDE. ¿Qué tienes, hija mia? ¿Por qué te hallo triste y llorosa?

INES. Una leve indisposicion ..

CONDE. ¿Si? Á ver... (Tocándole las manos y la frente.) Estás abrasando, criatura. Que vayan á Segovia: que traigan un médico en seguida. (Á Micaela.)

INES. Cá, no, señor: un poco de jaqueca... Esto se pasará... (Procurando sonreirse.)

CONDE. ¿De veras no tienes mas que eso? Cuidado con engañarme.

INES. No, señor; no le engaño á usted.

CONDE. Yo no quiero que estés mala, hija mia. Solo de verte pálida no sé qué me dá.

INES. ¡Padre mio!

CONDE. Toma algo: estás múy nerviosa.

MICAELA. Le daré una taza de tila.

CONDE. ¿Qué papel es este? (Cogiendo del suelo la carta de Valentin.)

INES. (¡Oh!)

MICAELA. (¡Jesus, Maria y José!)

CONDE. ¿Es una carta, eh?

MICAELA. Si, señor: una carta que he recibido hoy de mi tia Nicolasa, la de Chinchon.

CONDE. Oiga. (Cómo tiembla la pobre.) (Mirando á su hija.) Pues tómala, mujer. (Dando la carta á Micaela.) No está bien que ande rodando por el suelo la carta de tu tia Nicolasa la de Chinchon. (Sonriéndose.)

MICAELA. Mu.... mu.... muchas... gracias.... señor.... (Tartamudeando.)

CONDE. ¿Qué es eso? ¿te has vuelto tartamuda?

MICAELA. No, señor... sino que... tengo un dolor de muelas tan fuerte...

CONDE. Pues á este paso, vá á convertirse la casa en hospital.

ESCENA VI.

DICHOS y GERMAN.

GERMAN. ¡Señor! (Desde la puerta de la derecha de segundo término.)
CONDE. ¿Qué hay?
GERMAN. Un caballero que acaba de llegar de Segovia quiere ver á usia.
CONDE. ¿Quién es?
GERMAN. Dice que se llama don Alvaro Bustamante.
CONDE. Alvaro ¿dónde está?
GERMAN. Detrás de mí viene.
CONDE. Que entre en seguida. (Vánse German y Micaela.) ¡Alvaro! ¡Alvaro! (Llamándole y dirigiéndose hácia la puerta de la derecha.)

ESCENA VII.

INÉS, EL CONDE y D. ALVARO.

CONDE. ¡Alvaro!
ALVARO. ¡Guillermo! (Arrojándose el uno en brazos del otro.) Esta es tu hija?
CONDE. ¿No la conoces?
ALVARO. Era una niña de trece años la postrera vez que la ví. ¿Cómo estás, Inesita? ¿Cómo está usted, señora? (Reprimiéndose.)
CONDE. ¡Bah! ¿Por qué no la tuteas?
ALVARO. Me dá cortedad... Si es ya una mujer.
INES. Tráteme usted como antes, señor don Alvaro, ó creeré que ahora me estima usted menos.
ALVARO. Ya sabes, Inesita, que tu padre y yo fuimos condiscípulos y nos hemos profesado siempre la mas antigua y cordial amistad. Huérfano á la edad de ocho años y viudo á la de veintiseis, no tengo mas familia que vosotros. Á tu padre le quiero como á un hermano, y á tí como una hija. (Divina criatura, Guillermo. (Bajo al Conde estrechándole una mano.) Muy dichoso debes de ser.)
CONDE. Te habrán dicho que el jueves fuí á Segovia con el único objeto de verte.

ALVARO. ¡Si! El miércoles tomé posesion de mi cargo de juez, y al dia siguiente de madrugada tuve que ir á una posada de las afueras, donde se habia cometido un crímen horroroso. Por esta causa no he podido disponer en toda la semana de un solo momento.

CONDE. ¿Qué crímen ha sido ese?

ALVARO. Un asesinato cometido, si no me engaño, por una mujer.

INES. ¡Por una mujer!

CONDE. ¿Y qué motivo?...

ALVARO. Amor y celos.

CONDE. ¡Qué horror!

INES. ¿Estaba celosa?

ALVARO. Muy celosa, á lo que me figuro.

INES. ¡Pobre mujer!

CONDE. ¿La compadeces, hija?

INES. Yo... ¿Por qué no? Todo criminal es digno de lástima.

ALVARO. Este la merece menos que otros. El crímen ha debido cometerse con premeditacion y con la mas refinada astucia. No me sorprenderia que por falta de pruebas legales quedase impune. Aqui me he traido el puñal homicida, por si tú que en Segovia y sus alrededores conoces á todo el mundo, puedes darme algun indicio para descubrir á su dueño.

CONDE. ¡Qué arma tan terrible! (Acercándose á la mesa para examinar el puñal á la luz de las bujias.) No recuerdo habérsela visto á nadie.

ALVARO. En el pomo tiene tres iniciales.

CONDE. Ya las veo. C. L. A.

ALVARO. ¿Conoces alguna persona de nombre y apellidos que empiecen por esas letras?

CONDE. Asi de pronto no hago memoria... pero quizá pensando un poco... Supongo que no querrás volverte á Segovia esta misma noche?

ALVARO. No: mañana es domingo y pasaré aqui todo el dia.

CONDE. Gran contento me das! (German asoma el rostro por donde antes.) Mañana examinaremos despacio esta alhaja. (Guarda el puñal en el cajon de la mesa.) Si estás cansado y quieres recogerte en seguida...

ALVARO. (Antes deseo hablarte á solas.) (Bajo al Conde.)

CONDE. Anda, hija. Dí que dispongan para el señor don Alvaro la habitacion contigua á la mia. (Váse Inés por la puer-

ta de la derecha, segundo término.)

ESCENA VIII.

El CONDE y D. ÁLVARO.

CONDE. Ya puedes hablar.

ALVARO. Me parece que Inés está triste.

CONDE. Dice que se siente un poco mala.

ALVARO. Alguna pena debe tener.

CONDE. Una tiene, en efecto.

ALVARO. ¿Cuál?

CONDE. ¿Qué pena quieres que tenga una muchacha de sus años?

ALVARO. Mal de amores, ¿eh?

CONDE. Por supuesto.

ALVARO. ¿Y tú lo sabes?

CONDE. Si fueras padre no me harias esa pregunta. Un padre no puede menos de saber si su hija le quiere á él solo ó quiere á otro hombre mas que á él.

ALVARO. ¿Y qué?

CONDE. ¿Cómo y qué?

ALVARO. ¿Han merecido tu aprobacion esos amores?

CONDE. No.

ALVARO. ¿Por qué?

CONDE. Porque el novio no me convenia.

ALLARO. ¿Y por qué no te convenia?

CONDE. Se conoce que tú como los niños quieres saber la última razon de todo. No me convenia porque no era noble.

ALVARO. ¡Válgame Dios! Aun vives esclavo de vanas preocupaciones.

CONDE. Ay, señor filósofo, en esta materia no podriamos entendernos jamás.—Yo sigo pensando como siglos há pensaban mis abuelos: tú eres partidario de las flamantes máximas que la revolucion francesa ha echado á volar por el mundo; máximas que engendraron primero la guillotina y luego un cetro de hierro, de que se apoderó el primer advenedizo que quiso empuñarlo.

ALVARO. Ese cetro de hierro ha dominado el mundo.

CONDE. Para que España al fin lo hiciese pedazos.

ALVARO. No ignoras que yo he combatido como bueno por la independencia de mi patria, pero, porque Napoleon haya sido nuestro enemigo, debemos desconocer su grandeza?

CONDE. No: yo sé que Napoleon es muy grande; tan grande es, que solo ha tenido en el orbe un rival que se le ponga por delante: el pueblo español. Ojalá que si otra vez quiere el extranjero arrebaterle su independencia, otra vez le halle como ahora unido por su rey, su patria y su Dios.

ALVARO. Y los caudillos de ese pueblo, ¿qué merecen?

CONDE. El amor y el respeto de sus conciudadanos en la edad presente, y en todas las generaciones futuras.

ALVARO. ¿Y decias que el novio de tu hija no merece emparentar contigo?

CONDE. No he dicho que no lo merece, sino que no lo merecia.

ALVARO. ¿Pues qué, ahora?...

CONDE. Ahora si me pide la mano de Inés, se la otorgaré muy gustoso.

ALVARO. Entonces mi embajada es inútil, y con mis astucias diplomáticas he tocado el violon á las mil maravillas.

CONDE. Explícate.

ALVARO. El rey tiene particular estimacion á don Alberto Nuñez, y al despedirme de él, sabedor de que soy tu amigo, se dignó encargarme que procurase arreglar esta boda, asegurándome que nada diria al novio, hasta que yo le participase el resultado de mis gestiones.

CONDE. Pues ya puedes noticiar á su majestad que sus deseos serán cumplidos. Cuando ese mozo nada valia por sí ni por sus antepasados, yo debí combatir la inclinacion de mi hija. Hoy ese mozo tiene un nombre admirado y bendecido en chozas y palacios; y como blason de su alcurnia, puede presentar un pecho lleno de cicatrices. Hoy en ese mozo contemplo á uno de los nobles varones por quienes el francés no es ya nuestro dueño; por quienes España es todavia España. Á quien salva á mi madre, no puedo yo negarle mi hija.

ALVARO. Guillermo... ¡cuánto me envanezco de ser tu amigo! ¿Conoce ya Inés cómo piensas en este particular?

CONDE. Aguardaba á que se ofreciera ocasion de poder manifestárselo, sin detrimento de mi decoro de padre.

ALVARO. La ocasion es esta. ¿Qué tardamos en dar á su corazon

paz y alegria? ¿Lloras?

CONDE. Casar á una hija sin llorar, es cosa imposible. Aqui viene.

ESCENA IX.

DICHOS é INÉS.

INES. El señor don Alvaro tiene ya dispuesta su habitacion.

CONDE. Ven acá, Inés, y prepárate á recibir una buena noticia.

INES. ¿Una buena noticia?

CONDE. Este caballero por encargo del rey me ha pedido tu mano para un fiel servidor de su majestad.

INES. (¡Qué oigo!) ¡Padre!... ¡Señor don Alvaro!... ¿Casarme yo?... No, padre mio, no por Dios: yo no quiero casarme.

ALVARO. ¿Ni con Alberto Nuñez?

INES. ¿Con Alberto? (Con alegria.) ¡Ay! no señor: con ese menos que con nadie. (Con amargura.)

CONDE. ¿Qué dices?

ALVARO. ¿Estás en tí?

INES. Padre, ¡qué desdichada soy! (Arrojándose en los brazos del Conde.)

CONDE. No acierto á comprender...

ALVARO. Te dejaré solo con ella.

CONDE. Detente: Inés, don Alvaro ha de dar al rey una contestacion. Es menester que en su presencia manifiestes la causa de tu negativa. Habla. Lo quiero: lo mando. (Apartándola de sí.)

ALVARO. ¿No le amas?

INES. Le amé: le odio.

ALVARO. ¿Es posible?

CONDE. Inés, ¿qué significa esto?

INES. Ese hombre no merece que yo le llame esposo.

ALVARO. ¿Por qué?

INES. Quiere casarse conmigo, sin tenerme amor.

CONDE. ¿Será verdad?

ALVARO. Dice que te adora.

INES. Miente al decirlo. Yo si que le queria. Le quise cuando queriéndole me degradaba y afligia á mi padre... Le he esperado tres años... y él... él quiere á otra.

ALVARO. ¿Quién te ha dicho eso? ¿Cómo lo sabes?

INES. Lo sé. ¡Ojalá que no lo supiera!

CONDE. Basta. (Con tono severo.) (Mañana escribiremos á Madrid, y fácil será averiguar... (Bajo á D. Alvaro.) Es muy tarde. Recógete y descansa.

INES. Buenas noches, señor. (Besándole la mano.)

ALVARO. Hasta mañana, hija mia. Espero probarte muy en breve que tus celos son infundados. (Vánse el Conde y D. Alvaro por la puerta de la izquierda de segundo término.)

ESCENA X.

INÉS.

INES. Mi padre accede á que me case con Alberto... ¡He podido ser su esposa!... ¡Todo mi afan cumplido!... ¡Lograda cuanta dicha cabe en corazon humano! No era bastante perder una felicidad que me sonreia desde lejos: era preciso que antes la viese yo de cerca, y aun la tocase con la mano. Valor. Seria vergonzosa debilidad pensar mas en ese hombre: debo aborrecerle: si: le aborrezco. ¡Já! já! já! ¿qué le he de aborrecer? Mi desgracia es completa. ¡Le quiero mas que nunca!

ESCENA XI.

INÉS y MICAELA.

MICAELA. (Saliendo por la puerta de la derecha de segundo término.) El señor y su amigo estan ya en sus respectivas habitaciones. Conque si vienen, podemos recibirlos.

INES. ¿Si vienen? ¿Quién ha de venir?

MICAELA. ¡Toma! Don Alberto y Valentin.

INES. No le veré.

MICAELA. ¿Qué no?

INES. No. Puedes retirarte.

MICAELA. Pero, ¿no será conveniente averiguar si en efecto el señorito?...

INES. Todo está ya averiguado. Déjame.

MICAELA. Yo que usted le veria aunque no fuera mas que para satisfacer mi cólera y hartarle de improperios.

INES. Yo no tengo cólera que satisfacer. Estoy tranquila.

MICAELA. ¡Qué si quieres!

INES. ¡Micaela!

MICAELA. Valentin me daria á mí nuevos informes, y si como supongo se ha equivocado de medio á medio, tendriamos el gusto de matarle entre las dos.

INES. Te he dicho que me dejes.

MICAELA. ¿No se quiere usted acostar? (Acercándose á Inés.)

INES. Si.

MICAELA. Pues vamos al dormitorio y la desnudaré á usted.

INES. Me acostaré sola. (Pausa.) ¿Aun estás aqui?

MICAELA. Iba á registrar la alcoba y esa pieza. Como otras noches tiene usted miedo.

INES. Bien, anda. (Micaela toma una luz y váse por la puerta de la izquierda de primer término. Pausa.) ¿Para qué he de verle? Negará: yo no le creeré... Aunque jurara por Dios no le creeria.

MICAELA. Lo que es en la alcoba no hay nadie. (Cruzando el escenario. Váse por la puerta de la derecha de primer término.)

INES. ¡Bien me ha engañado! Esa mujer será sin duda muy hermosa... ¡Y aun quiere verme! ¿Por qué no me ha dicho la verdad?

MICAELA. Ya está hecho el registro. ¿Manda usted algo?

INES. Nada. (Pausa.)

MICAELA. Si usted quisiera, me quedaria aqui un rato acompañándola. (Desde la puerta de la derecha de sugundo término, con timidez.)

INES. ¡Por vida mia!... (Levantándose y con tono amenazador.)

MICAELA. ¡Ay, cómo está! ¡Siempre han de pagar justos por pecadores! (Váse por la puerta de la derecha de segundo término llevándose una de las luces que habia en la mesa.)

ESCENA XII.

INES.

¡Ya estoy sola! Que sola me parece estar desde que sé que no me quiere. Siento frio... Tengo miedo... Esa puerta... (Cierra la puerta de la derecha de segundo término.) Este balcon... (Vá á cerrar el balcon y se oye un silbido.) ¡Él es! ¡Qué vuelco me ha dado el corazon! Pronto (Cerranda el balcon.) ¡Si oigo otra vez esa señal!... Me acostaré... Procuraré conciliar el sueño... ¡No se duerme con un infierno en el alma! ¿Y qué? Para no

ser vencida ¿no tengo mas remedio que huir? ¡Indigna flaqueza! ¿Lo he olvidado ya? ¡Alberto ama á otra mujer! ¡Oh!... (Abre el balcon de par en par.) Quiero oirle... y reirme de él. (Óyese otro silbido.) Pero quizá Micaela tuviese razon... ¿Por qué no he de aviriguar con certeza?... No es imposible que Valentin se haya equivocado... Nadie está libre de equivocarse... ¿Ya vacilo otra vez?... Ójala pudiera despreciarle á él tanto como me desprecio á mí misma... ¿Y por qué no he de verle?... Micaela decia bien. ¿Por qué no he de llamarle pérfido, vil y traidor? ¡Si yo no quiero verle mas que para insultarle! ¡Oh! (Óyese otro silbido é Ines coge precipitadamente un candelero y asoma la luz al balcon.) ¡Cómo le voy á insultar! (German asoma el rostro varias veces durante esta escena por donde antes.) Ya no hay remedio. Habrá visto la luz? (Dá en la barandilla del balcon el cabo de una escala.) ¡Oh! la escala. Fuerza es engancharla en el balcon (Lo hace.) Ya sube. (Vuelve rápidamente al proscenio y se sienta. Alberto entra por el balcon.)

escalo

ESCENA XIII.

INÉS, ALBERTO y GERMAN.

ALB. ¡Cómo! No hay nadie. (Desde el balcon.) ¡Oh! si: allí está. (Viendo á Inés y acercándose á ella.) ¡Ines! ¡Prenda de mi alma!... ¿Qué esto?... ¿Permaneces inmóvil?... ¿Ni una palabra me dices? ¡Ni siquiera vuelves hacia mí los ojos? Mírame, aunque sea enojada. Habla, aunque sea para maldecirme.

INES. No le maldigo á usted: le desprecio.

ALB. ¿Me desprecias porque te amo?

INES. ¿Á cuántas mujeres puede amar un hombre al mismo tiempo?

ALB. Ningun hombre puede amar mas que á un solo Dios, y á una sola mujer.

INES. ¿Y si á dos brinda con su cariño, cuál de ellas deberá darle crédito?

ALB. Ninguna de las dos.

INES. Pues tú mismo te has condenado. (Levantándose.) Quítate de mi vista. Huye de aquí. Para decirte que eres

indigno de mi amor, que me avergüenzo de haberte querido, que hoy nos vemos por última vez, para esto únicamente he permitido que llegues á mi lado. Con que ya lo sabes, ya te puedes marchar.

ALB. Inés, si tu proceder no me causase indignacion, no te querria yo tanto como te quiero.

INES. ¡Pues no dice el pérfido que me quiere!

ALB. ¡Adios! (Dirigiéndose hácia el balcon.)

INES No... Si todavia no te has de ir. (Corriendo á él y deteniéndole.) Si he de injuriarte mas todavia.

ALB. Dudar de mi cariño es la mayor injuria que me puedes hacer. No se abrió mi corazon al amor hasta que le hirió el rayo de tu mirada, y nunca desde entonces ha codiciado otro bien que el de servirte como esclavo. En fuerza de amoroso delirio que subyuga todo mi ser, tengo valor y resignacion bastante para separarme de tí; arrostro impávido mil veces la muerte en los combates, porque mi única esperanza es llamarte esposa ó morir; tres años, tres siglos, una eternidad vivo soñando con la dicha de volverte á ver; y cuando lleno el pecho de ansiedad y zozobra, ardiendo en llama de amor que irritó la ausencia, sin voz, sin aliento, ciego, turbado, loco, llego al fin á tu lado; tú me recibes fria, severa, desdeñosa, tú me rechazas, tú ordenas que me vaya y te deje. ¡Ay! Inés, tú si queeres indigna de mi cariño.

INES. Es imposible que se pueda fingir tan bien ¿Qué bien finge el inícuo?

ALB. ¿Fingir yo? ¿Fingimiento en lo que te digo? Basta, Inés. Adios para siempre. (Dirigiéndose hácia el foro.)

INES. Pero ven acá, fementido, (Deteniéndole otra vez y trayéndole al proscenio.) ven acá. ¿No es cierto que en Madrid has amado á la hija de no se qué general á quien salvaste la vida en un combate?

ALB. ¡Ah! ¿Es ese el motivo de tu enojo? ¿Estás celosa, Inés?

INES. ¿Quieres que mi oprobio sea completo, y que yo misma le publique? Pues bien, si: lo diré: estoy celosa.

ALB. ¡Ingrata!... No deberia convencerte de que tus ruines sospechas son infundadas.

INES. Crees tú poderme convencer á mí de que no has amado á otra mujer?

ALB. Si.

INES. ¿Convencerme, eh?

ALB. Si: convencerte.

INES. Pues habla. Quiero yo ver cómo te compones para eso. Á ver, convénceme, convénceme.

ALB. Salvé con efecto la vida á ese general, y su hija, que me ha conocido ahora en Madrid, sintiéndose dominada de viva gratitud...

INES. ¿Gratitud?... (Irónicamente.)

ALB. Llegó á confundir este sentimiento con el del amor.

INES. ¿Dime: es asi como me vas á convencer?

ALB. Criada esa jóven en un convento, nada sabe de las cosas del mundo... Es el mismo candor, la misma inocencia, ingenua como niña, pura como un ángel.

INES. Modérate, Alberto, modérate. No está bien que la alabes de ese modo delante de mí.

ALB. Pronto fué pública en Madrid la inclinacion que me tenia. ¿Qué debí yo hacer? Abochornarla y destrozar su corazon con repentino alejamiento ó bruscos desdenes? Accion hubiera sido esta indigna de un caballero.

INES. Si eres tú muy caballero... Si ya voy á darme por convencida.

ALB. Seguí tratándola como si nada hubiera conocido, y poniéndonos de acuerdo su padre y yo, conseguimos por medios indirectos desimpresionarla muy en breve y con poco trabajo. Hoy sabe el amor que te tengo y desea conocerte y ser tu amiga.

INES. Pero ¿es verdad lo que me dices?

ALB. Te lo juro por mi honor.

INES. ¿Por tu honor?

ALB. Te lo juro por Dios.

INES. ¿Por Dios?...

ALB. El general, que es un caballero incapaz de mentir, puede atestiguarlo. El mismo rey, que está enterado de todo, puede atestiguarlo tambien.

INES. ¿Conque es verdad? ¿Me amas? ¿No quieres á nadie mas que á mí? ¡Ay, por fin respiro! Perdóname, Alberto? perdóname. (Cayendo á sus plantas.)

ALB. ¡Tú á mis pies! (Levantándola.)

INES. ¡Qué infame he sido! ¿Cómo he dudado ni un solo instante de mi Alberto, de mi esposo?

ALB. ¿Tú esposo?

INES. Te he mortificado: justo es que te indegnice. ¿Qué feliz vas á ser! Oye. Hoy ha venido un amigo de mi padre, y por encargo del rey le ha pedido para tí mi mano.

ALB. ¡Cielos!

INES. Y mi padre...

ALB. ¿Qué?

INES. Mi padre dice que eres un héroe, y anhela que su hija tenga un héroe por esposo.

ALB. ¡Calla, Inés, que esta alegria no cabe en el pecho!

INES. Bien dices, Alberto mio. ¡Unidos para siempre! ¡Si yo no sé cómo puede uno vivir con tanta felicidad! (Descórrese del todo la tabla movediza del friso y por la abertura que en él queda sale sigilosamente German, dando á entender con los ademanes y el gesto el ciego frenesí de que está poseido.)

ALB. Tiemblo á pesar mio. Imposible me parece que llegue á cumplirse esta esperanza.

INES. Se cumplirá muy prouto. Seré tu esposa. (Con íntimo gozo.)

ALB. ¡Inés! Inés de mi vida. (Con expansión, abrazándola.)

INES. ¿Qué haces? (Queriendo retirarse.)

ALB. ¡Es el primero que te doy!

GERMAN. (¡Será el último!) (Abriendo el cajon de la mesa, cogiendo el puñal y apagando la luz. El teatro se queda tan á oscuras como sea posible.)

INES. ¡Oh! (Dando un grito y retrocediendo.)

ALB. El viento sin duda...

INES. (No me ha quedado gota de sangre en las venas.) Alberto! (Buscándole sobrecogida de espanto.) ¡Alberto! (Cogiendo la mano de German, que se acerca á tientas en busca de Alberto.)

GERMAN. (¡Es ella!) (Separándose de Inés.)

INES. No huyas; acércate.

ALB. Aqui estoy. (Buscándola.)

INES. Ah, si. (Asiendo de un brazo á German.)

GERMAN. (¡Oh!) (Asiendo á Alberto por un hombro con la mano que tiene libre.)

ALB. ¿Tienes miedo? Já! já!

INES. No te rias.

ALB. ¡Qué mano de hierro! Já! ja! já!... ¡Ay!... (Dando un ay agudo y prolongado y cayendo al suelo al clavarle German el puñal en el pecho. German desaparece por el hueco del friso, que

vuelve á quedar cubierto con la tabla movediza.)

INES. ¡Oh! ¡Dios mio!... ¿Por qué gritas de esa manera? Socorro! socorro! Alberto!... Alberto!... (Yendo hácia donde está Alberto hasta que tropieza con él y cae.) Está en el suelo. ¡Padre! ¡Micaela! ¡German! ¿Qué tienes?... ¿Qué te ha dado? No responde... ¡Socorro!

ESCENA XIV.

INES, VALENTIN, y LUEGO EL CONDE, D. ALVARO, MICAELA, LACAYOS, CRIADOS y MOZOS DE LABRANZA.

VALENT. Señorita... (Entrando por el balcon.) ¿Qué hay? ¿Qué sucede?

INES. ¿Quién es? (Con terror.)

VALENT. Yo, Valentin. Estaba esperando al amo al pie de la escala. (Oyénse campanillazos, correr de una parte á otra por ambos lados de la escena y rumor de voces confusas.)

INES. La vida de tu amo corre peligro.

VALENT. ¡Santa Bárbara!

INES. ¡Favor, socorro! Grita como yo.

VALENT. ¡Socorro!

CONDE. ¡Es mi hija, es mi hija! (Dentro por la izquierda.)

MICAELA. Al cuarto de la señora. (Id. por la derecha.)

INES. ¿Qué es esto? (Palpando á Alberto y tocando el mango del puñal que tiene clavado en el pecho.) ¡El pomo de un cuchillo!

ALVARO ¡Que no salga nadie! (Dentro por la izquierda.)

VOCES. Juan, Antonio. Por aqui. Por aqui. (Dentro por ambos lados.)

INES. Siento mojadas las manos.

VALENT. Tambien yo. (Tocando tambien el cuerpo de Alberto.) Parece sangre.

INES. ¡Sangre! ¡Socorro! ¡Padre! (Gritando con todas sus fuerzas.)

VALENT. ¡Socorro! ¡Favor!

VOCES. Aqui es. Aqui es. (Dentro, golpeando fuertemente las puertas de la derecha de segundo término.)

MICAELA. ¡Señorita!

CONDE. ¡Hija!

ALVARO. Abrid.

INES. ¡Padre! ¡Padre! ¡Padre! (Levántandose y con un paso inseguro y trémulo vá corriendo como fuera de sí hácia la puerta

de la izquierda, que abre. Por ella entran el Conde de bata con una luz en la mano, D. Alvaro con una espada, Micaela y lacayos, criados y mozos de labranza con armas y velas y faroles encendidos. Inés al entrar su padre quítale la luz, corre á donde está á Alberto, y en viéndole, dá un grito horroroso y se queda inmóvil como embargada por el terror.)

INES. ¡Ay!

CONDE. ¡Alberto! (Reconociéndole.)

TODOS. (Menos Inés y el Conde.) ¡Oh! (Dando un grito y quedándose parados en varias actitudes al ver á Alberto.)

INES. ¡Es él!... ¡Muerto!... ¡Jesus!... (Cayendo desmayada en brazos de su padre. Cuadro.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EI CONDE y D. ALVARO.

El Conde sale por la puerta de la izquierda y D. Alvaro por la de la derecha.

CONDE. ¿Cómo está?

ALVARO. Mejor. El médico tiene esperanza de salvarle. ¿Y ella?

CONDE. Poco ha cesó el cruel delirio en que ha pasado toda la noche. Su afan era verle, y con dificultad hemos podido sujetarla entre Micaela y yo. Ahora está rendida, postrada: parece muerta.

ALVARO. Tambien él ha intentado muchas veces burlar nuestra vigilancia para lanzarse en busca de Inés. ¿Ha dado algo á entender?

CONDE. Nada: habla de celos, de esa mujer que le roba el amor de Alberto, de tinieblas... Del pomo de un cuchillo... de sangre...

ALVARO (¡Padre infeliz!)

CONDE. (Calla y suspira.)

ALVARO. Guillermo, en tu casa se ha cometido un crímen: de un momento á otro llegarán de Segovia los ministros de justicia que anoche mismo envié á llamar.

CONDE. ¡Me lo dices con un tono!...

ALVARO. Sospechas tú quién puede ser la persona que hirió á ese jóven.

CONDE. Yo... (Turbado.)

ALVARO. Habla.

CONDE. Nada sospecho...

ALVARO. Declara al amigo lo que luego tendrás que declarar al juez.

CONDE. ¿Y qué quieres que declare? Nada tengo que declarar.

ALVARO. Aqui no hallamos mas que á Inés, á Nuñez y su criado.

CONDE. No lo ignoras. ¿Á qué lo preguntas?

ALVARO. Si el criado hubiera querido matar á su amo, no aguardara á cometer aqui su delito; cometiéralo en el camino mas fácilmente y con menos riesgo de su persona.

CONDE. ¿Adónde vas á parar? (Con temor y ansiedad.)

ALVARO. ¿Micaela? (Asomándose á la puerta de la izquierda y llamando á Micaela en voz baja.)

ESCENA II.

DICHOS y MICAELA.

CONDE. ¿Y mi hija?

MICAELA. Parece que duerme, aunque de rato en rato respira y abre los ojos.

ALVARO. ¿Á qué hora te separaste anoche de doña Inés?

MICAELA. Serian las once.

ALVARO. ¿Estaba enterada de que don Alberto debia venir á verla?

MICAELA. Si, señor.

ALVARO. ¿Antes de partir á la guerra ese caballero, solia recibirle tu ama?

MICAELA. Casi todas las noches.

ALVARO. ¿Sola, ó contigo?

MICAELA. Siempre conmigo.

ALVARO. Y anoche ¿por qué no te quedaste con ella?

MICAELA. Porque se empeñó en que me fuera.

ALVARO. Se empeñó. (Consigo mismo.)

MICAELA. ¡Yo insistia en quedarme, pero se puso tan enfadada!... y como me dijo que no le recibiria...

CONDE. ¿Eso te dijo?

MICAELA. Sin duda para que no la molestara con mis instancias. Yo lo creí, porque estaba muy enojada con él.

ALVARO. Sin duda tendria celos.

MICAELA. ¡Ay! si, señor: unos celos atroces.

CONDE. (¡Dios! mio! ¡Dios mio!)

ALVARO. ¿Sabia que ese caballero le fuese infiel?

MICAELA. Lo creia, por lo menos.

ALVARO. ¿Y quién le habia dado noticias suyas?

MICAELA. Verá usted: yo soy novia del criado de don Alberto, de Valentin, el hombre mas animal del mundo. Pues anoche recibí una carta suya, y en ella me decia que su amo estaba enamorado en Madrid: se enteró la señorita, y tomó el cielo con las manos.

ALVARO. ¿Dónde está esa carta?

MICAELA. Yo la tengo,

ALVARO. Dámela.

MICAELA. Ahí vá. (Dando la carta de Valentin á D. Alvaro, que la recorre con la vista y luego la guarda.)

CONDE. Mi sangre no circula: mi corazon no late: no puedo respirar... (Sentándose.)

ALVARO. ¿Sospechas si anoche se quedaria alguien escondido en esas habitaciones?

CONDE. Si: alguien pudo quedarse escondido. (Levantándose.)

MICAELA. Cá: no señor: si antes de irme registré yo ese cuarto y el dormitorio de la señorita.

ALVARO. ¿Y quién cerró por dentro aquella puerta?

MICAELA. La señorita. Lo ví yo desde el pasillo...

ALVARO. Vete con tu ama.

MICAELA. ¿Y don Alberto, vivirá?

ALVARO. Vivirá, si Dios quiere.

MICAELA. Quiéralo Dios. (Váse por la puerta izquierda.)

ESCENA III.

EL CONDE y D. ALVARO.

CONDE. Esa muchacha pudo dejar aqui escondido al asesino.

ALVARO. Guillermo, no es propio de tí acusar á un inocente.

CONDE. No acuso á nadie. Digo como tú lo que se me ocurre.

ALVARO. Registré yo mismo y á nadie hallé.

CONDE. ¿Y ese balcon?

ALVARO. ¡Ese balcon... Veamos... Valentin? (Entreabriendo la puerta de la derecha de tercer término.)

CONDE. Oye.

ALVARO. Habla... (Volviendo á su lado.)

CONDE. Por mas que digas me parece que ese debe ser el culpado.

ALVARO. No lo creo.

CONDE. ¿Pues alguien ha de ser? ¿Quién quieres que sea?

ALVARO. ¿Valentin? (Llamándole de nuevo como antes.)

ESCENA VI.

DICHOS y VALENTIN.

VALENT. (Desde que sé que este señor es juez, le tengo un asco...)

ALVARO. Acércate.

VALENT. Ya voy. (No me llega la camisa al cuerpo. Diz que la justicia suele equivocarse, y si por una mera equivocaciencilla, me coge y me dan el gran apreton.. (Echándose mano al cuello.)

ALVARO. ¿No llegas? (Impacientándose.)

VALENT. Si, señor, si: voy corriendo. (Acercándose precipitadamente al Conde y D. Alvaro.)

CONDE. Me parece que estás inquieto, turbado.

VALENT. No me falta motivo. El susto de anoche... ver tan mal herido á mi amo... á mi pobrecito amo... ¡Ay, amo mio de mi alma!... (Rompiendo á llorar ruidosa y cómicamente.)

ALVARO. Silencio. (Con energia.)

VALENT. Ya no chisto. (Dejando de pronto de llorar.)

CONDE. Natural es que esto te aflija, pero un hombre que ha sido soldado deberia tener mas valor, si otras causas...

VALENT. Es que yo he sido soldado pacífico: ranchero, para servir á usia. Por mi habilidad culinaria merecí que se me eximiese de todo servicio activo. Asi es que nunca hice mas fuego que el necesario para guisar el rancho, y fué pura casualidad que una vez tuviese la gloria de matar á un pícaro franchute: un prisionero á quien dí de comer y beber cuanto quiso, de cuyas resultas al otro dia reventó el maldito de un cólico cerrado.

ALVARO. Basta.

VALENT. Se acabó. (Tiene cara de lo que es.)

ALVARO. Mira esta carta. (Enseñándole la que antes le dió Micaela.)

VALENT. (¡Las once mil vírgenes y los innumerables mártires de Zaragoza me favorezcan!)

ALVARO. ¿Es tuya? Responde. (Mirando la carta.)

VALENT. Si, señor: mia es. (No hay escape: me meten en el ajo.)

ALVARO. ¿Acompañaste anoche á tu amo desde Segovia hasta aqui?

VALENT. Pues claro: acompañé hasta aqui á mi amo, á mi pobrecito amo... ¡Ay, amo mio de mi alma! (Rompiendo á llorar como antes.)

ALVARO. ¡Silencio, repito! (Con aspereza.)

VALENT. (¡Caramba, y qué malas pulgas tiene!)

CONDE. Cuando don Alberto penetró en esta casa por el balcon ¿tú qué hiciste?

VALENT. Quedarme esperándole al pie de la escala.

ALVARO. De modo que por el balcon no pudo entrar ni salir ninguna otra persona sin que tú la vieses.

VALENT. ¿Quién lo duda? Yo lo hubiera visto por fuerza.

ALVARO. Y tú ¿cuándo escalaste el balcon?

VALENT. Cuando oí gritar á doña Inés pidiendo socorro.

ALVARO. Prueba que no habias entrado antes.

CONDE. Si, pruébalo.

VALENT. Doña Inés y mi amo dirán...

ALVARO. Con que no fuiste tú el que hirió á don Alberto.

VALENT. ¿Yo?... ¡Ave Maria Purísima! ¿Se ha podido nadie imaginar?... ¡Qué atrocidad! Herir yo á mi amo... á mi pobrecito amo... ¡Ay, amo... (Empezando á llorar como en las otras dos ocasiones)

ALVARO. ¡Otra vez!

VALENT. Cierto: no me acordaba. (Dejando de llorar repentinamente.) Pero esto es una picardia! Si, señor, es una picardia levantarme un falso testimonio para que yo pague lo que otro debe.

CONDE. ¿Otro? ¿Tú sabes quién ese otro? (Con alegria.) Al momento lo vas á decir. Lo sabe, Alvaro, lo sabe.

VALENT. Ya se vé que lo sé... y usia tambien lo sabrá, pero como usia es su padre...

CONDE. ¡Eh! ¿qué dice este hombre? ¿Qué has dicho? Te atreves á suponer... ¡Infame! (Yendo hácia él con aire amenazador.)

VALENT. ¡Dios me asista! (Huyendo)

ALVARO. ¡Guillermo! (Interponiéndose.)

CONDE. ¡Es cosa de perder la razon! Tú eres el asesino, tú que intentas evitar el castigo que merece tu culpa, echándosela á un inocente. Si lo confiesas todo, te salvaré aunque sea á costa de mi vida: huirás de aqui inmediatamente: serás rico. Si yo no quiero que se te haga ningun daño. Si yo no quiero mas que saber... Lo sé... me consta... Pero, ya ves... una duda... una sombra de duda... Si á tí se te alcanzara lo que es para un padre sospechar... No: yo no lo sospecho.. ¿Cómo habia de sospecharlo? Dime que tú eres el culpado: dímelo por Dios. (Arrodillándose.)

VALENT. No, señor. No diré tal cosa aunque me aspen vivo. Quiere usia que la soga quiebre por lo mas delgado: que el último mono se ahogue... Pues no, señor: este mono maldita la gana que tiene de ahogarse, y á poco que se me apure la paciencia, diré á cuantos me quieran oir, que segun todas las probabilidades...

CONDE. ¡Calla! ¡Calla! (Levantándose y tapándole la boca.)

VALENT. ¡Hablaré! ¡Gritaré! (Como hablando con la boca tapada.)

CONDE. Nadie te acusa. Vete.

VALENT. (¡Si me ahorcarán! Ya ni puedo tragar saliba.) (Váse por la puerta derecha.)

ESCENA V.

EL CONDE y D. ALVARO.

D. Alvaro durante el diálogo del Conde y Valentin habrá estado pensativo, y ahora aparece mas abstraido en profunda meditacion. El Conde se sienta y solloza. Pausa.

CONDE. ¿Qué dices? (Acercándose á D. Alvaro y como para hacerle hablar, amedrentado por su silencio.)

ALVARO. (Como hablando consigo mismo.) Son inescrutables los abismos del corazon. En un instante puede redimirse el malo: en un instante puede perderse el bueno. ¿Dónde está el puñal que anoche te dí? (Dirigiéndose al Conde con serenidad imponente.)

CONDE. Ahí, en el cajon de la mesa, donde yo lo dejé.

ALVARO. Búscalo.

CONDE. ¿Para qué?

ALVARO. Búscalo. (El Conde vá, abre el cajon de la mesa y busca el puñal.) ¿Esta ahí?

CONDE. Aqui debe estar. (Buscando con aturdimiento.)

ALVARO. ¿Está ó no?

CONDE. Estará, sino que yo no le encuentro.

ALVARO. Aguarda. (Váse por la puerta de la derecha.)

CONDE. Señor, ¡ten misericordia de mí!

ALVARO. Este es el puñal con que fué herido Alberto. ¿Le conoces? (Enseñándoselo.)

CONDE. Si... creo... me parece...

ALVARO. Mira las tres iniciales del pomo. Míralas.

CONDE. ¡Alvaro!

ALVARO. ¡Guillermo! (Arrojándose el uno en los brazos del otro. Pausa durante la cual se oyen los sollozos del Conde. D. Alvaro llora silenciosamente.)

CONDE. ¿Conque?... ¿Conque ha sido ella?

ALVARO. Ella ha sido.

CONDE. ¡Mi hija esgrimir un puñal asesino! ¡Mi hija herir! ¡Mi hija matar! Dime que he sido yo y lo creeré. Pero ella... ¡ella!... Si lo viera con mis propios ojos, ni aun asi lo creeria.

ALVARO. No te debo engañar. Todos los indicios, todas las pruebas...

CONDE. ¿Qué indicios? ¿Qué pruebas? Nada puede probar que un ángel es un demonio. Bien sabes cómo crió á Inés aquella santa que fué mi esposa. Inés es tan buena como su madre. Anda, anda y pregunta á cuantos pobres hay en estos alrededores, y todos te dirán que mi hija es para ellos mensajera de Dios. Una muchacha tan sencilla, tan candorosa... una criatura tan dulce y compasiva... Tú no la conoces. Si un dia vió á un muchacho matar una paloma, y por poco se muere de susto y de pena. ¡Y ahora ella ha de haber querido matar!... ¡Qué absurdo! ¡Qué locura!... (D. Alvaro hace ademan de hablar.) No hables. ¿Á qué has de hablar? Si no lo creo. Te digo que no lo he de creer.

ALVARO. Tambien pasaba por tímida y compasiva la aldeana de quien ayer te hablé. El corazon vehemente y arrebatado de Inés; el tener á mano un puñal; la ofuscacion de un momento de celosa rabia... Esto es verosímil, ¿verdad? ¿No convienes en lo que te digo?

CONDE. ¿Y qué sé yo lo que has estado diciendo? Á tí la cabeza te dice que mi hija es reo de un asesinato. Pues á mi el corazon me dice que no. Tú eres su juez y yo soy un padre, Alvaro: ¡yo soy un padre!

ALVARO. Mi intento es no dejarte alimentar engañosa esperanza.

CONDE. La esperanza quieres robar á un desdichado para hacerle un favor? Si eres necio... Si acabaré por reñir contigo.

ALVARO. Pues bien, Guillermo, nada hay seguro todavia: esperemos en Dios.

ESCENA VI.

DICHOS, GERMAN, y despues un escribano y varios alguaciles.

GERMAN. Ministros de justicia que acaban de llegar preguntan por usia.

ALVARO. Que entren.

(German hace una seña desde la puerta de la derecha segundo término y por ella entran un escribano y varios alguaciles.)

CONDE. ¡Alvaro!

ALVARO. Valor: te observan.

CONDE. ¿Qué vas á hacer?

ALVARO. Voy á tomar declaraciones.

CONDE. Tu serenidad me horroriza.

ALVARO. El corazon del hombre late desesperado: el semblante del juez está frio y sereno como la ley.

CONDE. ¿Y la amistad, Alvaro, y la amistad?

ALVARO. Guillermo, ¿y la justicia?

(El Conde suelta á D. Alvaro y este entra en el aposento de la derecha, seguido del escribano y los alguaciles.)

ESCENA VII.

EL CONDE y GERMAN.

CONDE. ¿Qué vá á ser de nosotros? ¡La justicia en mi casa! ¡Un proceso criminal! ¡Hija desventurada! (Váse por la puerta de la izquierda.)

GERMAN. En todas partes dolor y desesperacion: allí sangre, y acaso muy pronto la muerte.

CONDE. Duerme: la fiebre rinde sus sentidos. Se oculta bajo ese

rostro encantador un corazon de fiera? Nada menos que haberla engendrado se necesita para no creerla culpada. ¡Si lo es que no despierte nunca! ¡Ah, German! (Reparando en él.) ¿Tú no tienes indicio alguno de quién pueda ser el autor del delito?

GERMAN. Yo... yo... No, señor... (Sobresaltado.) ¿Yo, qué he de tener?

CONDE. Observa á todos los criados, procura indagar... Durante toda la vida has comido mi pan... Sé agradecido: ayúdame á descubrir al infame que á tanto padecer nos condena. Si está aqui entre nosotros... si contempla nuestro dolor, ¿cómo no se arrepiente, cómo no habla? ¿Concibes tú que pueda haber hombres tan infames?

GERMAN. (¿Por qué no se abre la tierra y me traga?)

CONDE. ¡Es fuerza descubrirle! si recayesen sospechas sobre algun inocente... sobre mí, sobre Inés... Mira... van á tomarle declaracion. (D. Alvaro, el médico, el escribano y los alguaciles salen del aposento de la derecha, cruzan el escenario y entran en el de la izquierda.) Acuérdate de que jugaste con ella cuando era niña.

GERMAN. (¡Qué angustia!)

CONDE. Por el nombre del asesino, daré cuanto poseo... daré mi vida. Manos á la obra, German. El nombre del asesino, ese nombre... la razon se me turba... Aun la necesito... ¡Aun no quiero volverme loco! (Entra en el aposento de la izquierda.)

ESCENA VIII.

GERMAN, solo.

Sangre de aquel, (Señalando á la puerta de la derecha.) lágrimas de este han bañado mi mano. Ignoraba yo que la sangre quemase, que las lágrimas abrasaran... ¡Su espada! La espada que le sirvió para combatir á los enemigos de su patria, y que no ha podido defenderle de un puñal traicionero. Allí está: (Volviendo á señalar á la puerta.) la muerte quiere llevársele: la vida no le quiere dejar. Allí está, y aqui tambien, y viva ó muera, donde yo esté estará ese hombre conmigo. Se reia. Su risa acabó en ay de dolor. Aquella risa, aquel ge-

mido se me clavaron en el alma y todavia sigo oyéndolos .. Já, já, já... ¡Ay!! (Remedando la risa y el gemido de Alberto.) ¡Asi fué! ¡Asi fué!! ¿De quién huyo? (Retrocediendo.) ¡Huyo de mí mismo, sin poder separarme de mí! (Pausa.) Nunca hice mal á nadie. Muchos me insultan y de ninguno tomo venganza. Por cuanto oro hay en el mundo no verteria mi mano una sola gota de sangre. Pero estar ciego para todo lo que no sea ver el rostro de una mujer; sordo para todo lo que no sea oir su acento; muerto para todo lo que no sea amarla; no existir para uno mas mundo ni mas cielo que una mujer, y escuchar que dice á otro: «Te amo;» verla en brazos de otro; temer que otro la llame esposa, y poder evitarlo dando una sola puñalada, y no darla... ¡Cá!... ¡Imposible! La dí. ¿Pues no la habia de dar? (Riéndose.) Mil veces la daria. (Salen del aposento de la izquierda y se van por la puerta derecha, segundo término, en el órden que aqui se ponen sus nombres, D. Alvero, el escribano, el médico, Micaela, los alguaciles y el Conde, cubriéndose el rostro con las manos.) ¡Ya salen! ¡Todo por mi culpa! ¿Y qué culpa tengo yo de amarla? (Pausa.) La amo y dejo que padezca. ¡Tambien padezco yo! Si el herido sucumbe, si la condenan á... ¡qué horror! Quizá el herido sane al fin... La cárcel nada mas... La cárcel... Deshonrado su nombre, envilecida para siempre, despreciable y odiosa á los ojos de su padre, de su amante, de todo el mundo... Saldria al fin de su encierro, nadie la amaria, nadie querria casarse con ella... ¡Solo yo! Y entonces... ¡Oh, qué esperanza tan risueña! ¡Qué rayo de sol en las tinieblas de mi alma! Parece otro el aire que respiro... otra la luz que ven mis ojos... otro el corazon que late en mi pecho! Harán nuevas indagaciones: trabajo perdido... Dar con el verdadero delincuente no está en lo posible... Casualidad fué que yo descubriera un dia ese pasadizo abierto en el espesor del muro, y al cual dan entrada por ambos lados tablas movedizas del friso. Cuando nadie habla de él en esta ocasion, indudable es que nadie lo conoce. Único depositario de mi secreto, bástame callar para que jamás se descubra. Callaré. ¿Quién puede obligarme á que hable? ¿Los hombres? No. ¿Dios?... Nada temo. Ya he recobrado mi antigua serenidad. La misma inocencia no

puede estar mas tranquila que yo.

ESCENA IX.

GERMAN y MICAELA.

MICAELA. German... (Llamándole despues de haberse acercado á él.)

GERMAN. ¡Eh! ¿Quién? (Volviéndose hácia ella con susto y sobresalto.) ¿Qué haces ahí? ¿Por qué me escuchas? ¿Por qué me espias?

MICAELA. Si acabo de llegar.

GERMAN. (¡Cobarde!)

MICAELA. Vé á dar tu declaracion. El señor juez te espera.

GERMAN. (¿Será verdad que hay conciencia? (Bajo, retirándose hácia el foro.) ¡Ah! (Deteniéndose.)

MICAELA. ¿Qué es eso?

GERMAN. Nada, que en el suelo ha quedado una mancha de sangre. (Señalando al suelo.)

MICAELA. ¡Ánimas del purgatorio!

GERMAN. (¿Será verdad que Dios se cuida de lo que pasa por acá abajo?...) (Yéndose por la puerta da la derecha de segundo término.)

ESCENA X.

MICAELA, VALENTIN y despues ALBERTO.

MICAELA. ¡Pobre señorita! ¡Pobre señor! Schis... Schis... Ya me ha visto. (Entreabriendo la puerta de la derecha.)

VALENT. ¿Qué quieres? (Asomándose á la puerta.)

MICAELA. Sal.

VALENT. No puedo: el señor juez se llevó al médico para que declarase, y ahora no hay aqui nadie mas que yo.

MICAELA. El juez te llama á tí tambien.

VALENT. Vá mejor... mucho mejor. (Saliendo.) Al mismo facultativo le asombra una mejoria tan rápida.

MICAELA. Daria yo un dedo de la mano porque se pusiese pronto bueno.

VALENT. Yo daria una mano y parte de la otra. ¿Dónde está el juez?

MICAELA. En la sala grande del patio. Aguarda un poco. Todavia en un rato no te llegará á tí la vez. ¿Valentin, me

quieres?

VALENT. ¡Ay, monona de mi vida, te adoro! (Abrazándola.)

MICAELA. Quita. No estoy para fiestas.

VALENT. Pues hija, á mí, me hacia mucha falta un poco de expansion. (Estrechándola mas entre sus brazos.)

ALB. Me han dejado solo. (Asomándose á la puerta del dormitorio envuelto en un capote de militar.) Si lograra verla... ¡Oh! (Reparando en Valentin y Micaela y quedándose detrás de la puerta.)

MICAELA. Pues si me quieres, Valentin, es preciso que me hagas un favor. (Con zalameria.)

VALENT. Mándame rodar de cabeza y verás qué pronto...

MICAELA. ¿De veras harás lo que yo te mande, encanto mio?

VALENT. Si, gloria de mis ojos.

MICAELA. Pues cuando el señor juez te pregunte si sabes quién hirió á tu amo, le dirás...

VALENT. Le diré lo que tú quieras, pichona mia.

MICAELA. Le dirás que has sido tú.

VALENT. ¡Caracoles! (Soltándola y separándose de ella.)

ALB. (¡Qué es esto?) (Con extrañeza, dejándose ver un momento.)

MICAELA. Lo has ofrecido.

VALENT. ¿Tú tambien quieres que yo pague el pato?

MICAELA. Segun dices, don Alberto vá bien, la pena que se te impusiera no seria cosa mayor.

VALENT. Bah: me harian dar unas cuantas vueltas en el aire, y nada mas.

MICAELA. Ni que lo sueñes. Lo mas lo mas, te echarán á presidio.

VALENT. Como si fuera un grano de anis.

MICAELA. Es que pasado algun tiempo, hariamos que el rey te indultase. Y qué gloria para tí sacrificarte con tanta generosidad por esta desdichada familia.

VALENT. Dale, y si me ahorcan?

MICAELA. Mejor.

VALENT. ¿Cómo mejor?

MICAELA. Quiero decir, que asi tu gloria seria mas grande.

VALENT. El diablo que te lleve.

MICAELA. Vamos: ten buen corazon.

VALENT. Pues porque le tengo bueno me dá mucha lástima de mí mismo.

MICAELA. Pero, ¿y si dan en sospechar de mi ama? Ya ves: ¡una señora de su clase en poder de la justicia!...

VALENT. Bien merecido se lo tiene.
MICAELA. ¿Por qué?
VALENT. ¡Toma! Porque ella ha sido.
ALB. (¡Oh!)
MICAELA. No hay tal cosa. Mientes, pícaro, mientes.
VALENT. ¿No estaba cerrada por dentro la puerta?
MICAELA. Bien: sí.
VALENT. No dijiste anoche que en estas habitaciones no pudo quedar nada escondido porque tú las habias cerrado antes de dejar sola á tu ama?
MICAELA. Si: bueno.
VALENT. ¿Cabe en lo posible que subiera ni bajara nadie por la escala del balcon sin que yo lo viera?
MICAELA. No.
VALENT. Pues si aqui estaban solos doña Inés y mi amo, y á mi amo le hicieron esa caricia...
MICAELA. ¿Qué?
VALENT. Nada; que si aciertas lo que traigo en la mano te doy un racimo.
MICAELA. Pues bien, si, Valentin, todos creen lo mismo que tú. El puñal con que fué herido tu amo, es uno que el juez habia dado anoche al señor Conde, y que solamente ellos dos y la señorita sabian donde estaba.
VALENT. ¡Aprieta!
ALB. (¡Dios eterno!)
MICAELA. Pero por eso mismo, por eso mismo, es fuerza salvarla y salvar á su padre..
ALB. ¿Dónde está Inés? (Acercándose á Valentin y Micaela.) Dónde está?
MICAELA. ¡Vírgen de la Fuencisla!
VALENT. ¡Al fin se escapó!
ALB. Micaela, ¿crees tú que Inés?...
MICAELA. Señor...
ALB. ¿Lo crees tú, Valentin.
VALENT. ¡Vaya si lo creo!
ALB. ¡Te voy á ahogar!
VALENT. ¡Caramba! todos (Huyendo.) quieren hoy acabar conmigo.
ALB. ¡Inés! ¡Inés! (Gritando con voz débil.)
INES. ¡Alberto! (Saliendo por la puerta izquierda.)
ALB. Idos de aqui. (Vánse Micaela y Valentin.)

ESCENA XI.

INES y ALBERTO.

INES. Yo tambien venia á buscarte. Antes no me han dejado... ¿Es cierto que vives? Pero esa herida... ¡esa herida! ¡Por qué estás de pie? ¡Alberto de mi alma! Ni á llegar á tu lado me atrevo. Creo que te voy á lastimar solo con mirarte.

ALB. Ven acá, Siéntate. No puedo esforzar la voz.

INES. Habla muy bajo, muy (Sentándose.) bajo, ó no hables: yo lo diré todo: te diré que he llorado en estas pocas horas mas que he llorado en toda mi vida: que me parecia quererte mucho, y que ahora he visto que no te queria nada. ¡Ahora si que te quiero!

ALB. Inés, esta herida que tengo en el pecho no es la que me duele: me duele otra herida mayor.

INES. ¿Otra herida?

ALB. Oye: anoche te encontré celosa.

INES. Si, tenia celos.

ALB. Pero luego te convenciste con mis explicaciones de que estabas equivocada.

INES. Si, me convencí.

ALB. ¿Y el júbilo inundó tu corazon?

INES. Si.

ALB. ¿Y me llamaste esposo?

INES. Si.

ALB. (¿Y hay quién se atreva á sospechar?... (Con alegria.) Si no podia ser!) Dime, dime: ¿habria alguien escondido aqui dentro?

INES. No, porque Micaela registró antes de irse.

ALB. ¿Y cerraste tú esa puerta en cuanto ella se fué?

INES. Si: en seguida.

ALB. Entonces, ¿quién me hirió á mí, quién? (Con desesperacion.)

INES. Si no lo sé: si no es posible averiguarlo.

ALB. (¿Qué debo pensar?) Cuando vino aqui gente, buscarian al asesino?

INES. Si; me han dicho que le buscaron.

ALB. ¿Y no se halló á nadie?

NES. Á nadie.

ALB. (¡Dios mio!... me parece qué sueño!) Vamos á ver.

¿Dónde estaba el puñal con que fuí herido?

INES. En un cajon de aquella mesa.

ALB. ¿Y quién sabia que estuviera en ese lugar?

INES. Don Alvaro, mi padre y yo.

ALB. ¿Y tu padre y don Alvaro entraron aqui despues de ser yo herido?

INES. Si.

ALB. ¡Inés! (Con furia y espanto poniéndose de pie.)

INES. ¿Qué tienes?... ¿Te sientes mal? ¿Te pones peor?

ALB. Cuando nos quedamos á oscuras te acercaste á mí, ¿no es verdad?

INES. Si, recuérdalo.

ALB. ¿Y luego me asiste con mucha fuerza?

INES. Eso es.

ALB. Y me dijiste: «no te rias.»

INES. Precisamente.

ALB. ¿Y luego, Inés, (Con desesperacion.) y luego?

INES. Luego... Ya sabes lo demas.

ALB. (¿Estará loca esta mujer? ¿lo estaria yo anoche?) Mírame.

INES. Ya te miro...

ALB. (¡Imposible!) Déjame poner la mano sobre tu corazon (Poniendo la mano á Inés sobre el pecho.)

INES. ¿Para qué?

ALB. (¡Tranquilo! ¡Sosegado!)

INES. Me asusta verte asi.

ALB. Pero no tienes ni el mas leve indicio, ni la mas remota sospecha...

INES. Yo me figuro una cosa que nadie creerá; una cosa terrible. Mira, solo de (Dándole una mano.) pensar en ella me quedo fria como la nieve.

ALB. ¿Qué te figuras? (Con mucha ansiedad.) Dímelo.

INES. Me figuro que... acércate á mí... (Con espanto.) Me figuro que quien te hirió fué...

ALB. ¿Quién? Habla. (Con rapidez.)

INES. Algun fantasma... algun aparecido.

ALB. Un fantasma... un aparecido. ¿Qué indigna farsa es esta? ¿Alcanza tu impudencia á querer burlarte de mí?

INES. ¿Qué dices? ¿Deliras?

ALB. Déjame. ¡Huye de mí!

INES. ¿Alberto, no ves que el corazon se me está haciendo pedazos? Explícate al menos. ¿Por qué me rechazas?

¿Por qué me insultas?

ALB. Infame; y aun osas preguntármelo.

INES. ¡Es que delira! ¡No me llamaria infame si no delirase!

ESCENA XII.

DICHOS, el CONDE, VALENTIN, D. ALVARO, GERMAN y ALGUACILES, que permanecen en el foro.

CONDE. ¿Prepárate desdichada, prepárate á sufrir las consecuencias de tu culpa?

INES. Mi culpa...

ALB. ¿Lo ves?

MICAELA. ¡Ay, señorita de mi alma! (Saliendo muy asustada y acercándose á doña Inés.)

CONDE. ¡Ya vienen!

INES. ¿Quién viene? ¿Qué es esto? ¿No hay un alma piadosa que me lo explique?

ALVARO. Señora, dése usted á prision. (Saliendo.)

INES. ¡Yo!... ¡yo!...
¡Padre! (Yendo hácia él.)

CONDE. ¡Aparta!

INES. ¡Alberto!

ALB. Detente. (Inés se queda inmóvil observándolos á todos y procurando comprender lo que pasa.)

INES. ¿Qué será?...

ALB. Caballero: me retracto de la declaracion que antes di. Mi propia mano fué la que hundió el puñal en mi pecho.

INES. ¡Ah! (Dando un grito horroroso significando que lo todo ha comprendido.) Si... eso es... creen que he sido yo... Yo herir á nadie... yo herirle á él... ¡á él!! ¡Já, já, já! (Soltando ruidosa carcajada.)

CONDE. ¡Hija! (Queriendo acercarse á ella y luego reprimiéndose.)

ALB. ¡Pierde la razon!

GERMAN. (¡Callaré!...)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion: un candelero encendido [illegible] ıa de la mesa.

ESCENA PRIMERA.

MICAELA y VALENTIN. Valentin sentado en un sillon [illegible] icaela sale [illegible] puerta de la derecha de segundo término.

MICAELA. Ya duermen todos en la casa... ¡Calla! Es Valentin. ¿Y don Alvaro?

VALENT. Ha ido á ver al Conde. Manda que le esperes aqui.

MICAELA. ¡Qué! ¡Se ha llevado la llave! (Mirando la cerradura del dormitorio de Inés.) ¡Pobre señorita mia!... Encerrada ahí como una fiera... sin que nadie la pueda ver... Cuidado si es duro de condicion el señor don Alvaro.

VALENT. No tiene entrañas, ni pizca de seso. ¿Á quién sino á él se le ocurre prenderme á mí tambien? ¿Pues no ha confesado ya la señorita?

MICAELA. Si; pero tú puedes haber sido su cómplice.

VALENT. ¡Micaela, no hagas juicios temerarios!

MICAELA. El no haber querido salvarla, te ha de costar mas caro que piensas.

VALENT. Soy inocente. La justicia no podrá hacerme nada.

MICAELA. Eso allá lo veremos. Y como por otra parte don Alberto ha de saber que tú eres el causante de todo lo que ha sucedido...

VALENT. ¿Yo?

MICAELA. Tú, que diste ocasion á que la señorita sintiese los ce-

los que á tal extremo la han llevado. Ya comprenderás que tu amo no se contentará con menos que con hacerte pedacitos.

VALENT. ¿Y eso te regocija, cruel?

MICAELA. Ya se vé que me regocija; y si no mirara... (Tomando la espada de D. Alberto y yendo hácia él con aire amenazador.)

VALENT. ¡No hay mas: las mujeres se han propuesto acabar con los hombres! (Huyendo.)

MICAELA. ¡Ojalá pudieramos! (Yendo hácia él.)

VALENT. No te acerques ó llamo á los alguaciles que guardan la puerta. (Huyendo.)

MICAELA. Buen cuidado se me dá á mí de los alguaciles. (Deja la espada donde la tomó.)

VALENT. Ni á los alguaciles tiene miedo, cuando yo cada vez que los veo asomar la cabeza por allí (Señalando á la puerta de la derecha de segundo término.) creo ver al mismo Lucifer en persona.

MICAELA. Pronto harás un viaje en su compañia.

VALENT. Si: mañana.

MICAELA. ¡Cá! Esta misma noche dormirás en la cárcel.

VALENT. Anda, embustera... (Muy asustado.) El señor juez ha dicho que la partida no será hasta mañana.

MICAELA. Para engañar á los criados y á la gente de los alrededores, y evitar á la señorita el bochorno de que la vean salir presa de aqui.

VALENT. Mentira.

MICAELA. Desde el balcon puedes ver las luces del coche que don Alvaro ha mandado traer secretamente de Segovia.

VALENT. ¿Me van á llevar en coche? (Lloriqueando.)

MICAELA. ¿Qué mas quisieras tú, mostrenco? El coche es para la señorita: tú irás con los brazos atados á la espalda, entre dos algueciles, un rato andando y otro á pie.

VALENT. ¡Esta mujer es una fiera!

MICAELA. Ya viene. Dios nos asista. (Viendo á D. Alvaro, que sale por la puerta de la derecha de segundo término, seguido del Conde.)

ESCENA II.

DICHOS, el CONDE y D. ALVARO.

ALVARO. ¿Duerme ya toda la gente de la casa?

MICAELA. Si, señor, toda.
ALVARO. Dí á doña Inés que salga. (Dándole una llave.)
MICAELA. Señor... (Llorando.)
ALVARO. Obedece.
CONDE. Aguarda un momento. (Á D. Alvaro.) Yo avisaré. (Á Micaela. Abre esta con la llave que le ha dado D. Alvaro la puerta del dormitorio y váse por ella.)
VALENT. (Seguro. Este me ahorca ó el otro me estrangula.) (Váse por la puerta de la derecha de primer término.)

ESCENA III.

EL CONDE y D. ALVARO.

CONDE. ¿De veras te vas á llevar á mi hija?
ALVARO. Ya te dije que te quedaras en tu aposento.
CONDE. ¿Y te la llevas para encerrarla en una cárcel?
ALVARO. Me asegurabas que tendrias resignacion.
CONDE. Esperaba tenerla. ¡Cuando aun está lejos el mal, es uno tan valiente! Detesto á mi hija, decia yo, reniego de ella, la abandono. ¡Decirlo es fácil: hacerlo, imposible!
ALVARO. Tu dolor tiene sobrada causa y no hay consuelo para él.
CONDE. ¿Eso nada mas se te ocurre decirme?
ALVARO. No está en mi mano si no compadecerte y abreviar esta situacion dolorosa. Retírate.
CONDE. ¡No solo pierdo una hija, sino tambien la honra! El nombre que heredé sin mancha de mis abuelos, pasará cubierto de ignominia á mis sucesores. ¡Mi hija en un infame calabozo! Huiré con ella: tu responsabilidad quedará á salvo. Solo este favor te pido: déjanos huir.
ALVARO. No.
CONDE. ¿No?
ALVARO. No.
CONDE. ¡Serias capaz de usar conmigo de la fuerza?
ALVARO. Si.
CONDE. ¿Luego para tí nada es sagrado?
ALVARO. Para mí es sagrado el deber.
CONDE. Tambien yo usaré de la fuerza.
ALVARO. Veremos si te atreves.—Hola! (Llamando.)

ESCENA IV.

DICHOS, ALBERTO y VALENTIN.

ALB. Caballero, un instante. (Saliendo del aposento de la derecha apoyado en Valentin. Acércase al proscenio y siéntase en un sillon.)

ALLARO. ¡Otra vez!

ALB. No tema usted por mi vida. Dios no permitirá que Inés sea responsable de la muerte de un hombre. Sé que vá á marchar en seguida. Quiero verla: darla el último adios. La perdono: la amo todavia: la amaré siempre.

CONDE. ¡Alberto, ¡Hijo mio! (Abrazándole.)

ALVARO. Señora. (Abriendo la puerta del dormitorio de Inés y llamándola.)

ALB. Usted es mas desgraciado que yo.

ESCENA V.

DICHOS, INES y MICAELA.

Inés sale con rostro sereno y continente grave y reposado. Durante esta escena Micaela y Valentin estarán en el foro tomando parte en lo que sucede con los ademanes y el gesto.

INES. Estoy pronta. (Pausa.)

ALB. Inés, te perdono.

CONDE. Hija, tu padre te perdona tambien.

INES. (¡Ellos me perdonan á mí!...) Vamos. (Á D. Álvaro.)

CONDE. ¿Asi te vas? Soy viejo: quizá no nos volveremos á ver. Te daré un abrazo de despedida. (Yendo á abrazarla.)

INES. No, padre. (Rechazándole suavemente.) Á una mujer que está en manos de la justicia, á una mujer capaz de cometar un asesinato, á una mujer tan vil, tan infame, no se la abraza; se la desprecia, se la odia, se la maldice.

CONDE. ¿Qué quieres darnos á entender? ¿Qué significa ese lenguaje?

ALB. Explícate, Inés; aun es tiempo. (Levantándose.)

INES. No es tiempo ya. Mi desdicha está consumada. Que voy á una cárcel: ¿qué importa? Que seré juzgada: ¿qué

importa? Que un fallo de la justicia me declarará delincuente. ¿Qué me importan á mí los fallos de la justicia humana? Me absuelve la justicia de Dios.

CONDE. ¿Oyes? (Á D. Alvaro.)

ALB. Habla, Inés, habla.

INES. ¡No consiste en eso mi desventura! al fin he comprendido lo que sucede. Si: los criados y Micaela y Valentin hacen bien en creerme culpada: culpada me cree don Alvaro con sobrada razon. Yo he cometido ese horrendo crímen, no hay duda, es cosa tan clara com la luz. Todo el mundo ha debido creerlo. Si, todo el muudo, menos usted. Si, todo el mundo, menos tú.

CONDE. ¿Eres inocente?

ALB. ¡Dilo!

INES. ¿Y aun me lo preguntan? ¿Pero estan ciegos, Dios mio? ¡De qué les sirve el entendimiento, de qué les sirve el corazon? ¡Si no fuera cosa de llorar seria cosa de echarse á reir! Soy yo, Alberto, la que te quiso mas que á su vida; la que de tí fué tan amada. Posible juzgas haberte enamorado de una mujer tan execrable? ¿Ni qué mujer empedernida en el crímen hubiera sido capaz de herirte como supones que yo te herí? Tú no solo me tienes por delincuente: me tienes por una furia infernal. Padre: soy yo; su hija de usted. Si un padre no conoce á su hija, ¿quién la conocerá? Que todas las apariencias la acusan: que ella misma lo dice. Mi padre y mi amante debieron decir: mienten las apariencías y miente tambien ella! Vamos, don Alvaro, vamos pronto de aqui. (Corriendo hácia el foro.)

CONDE. ¡Es inocente! Perdóname.

ALB. Yo no merezco tu piedad. Perderte sea mi castigo.

ALVARO. Vamos, Inés.

CONDE. ¿Adónde? ¿Aun quieres llevártela?

INES. Señor don Alvaro, mi padre y él creen en mi inocencia: Dios la sabe. Estoy tranquila, soy feliz. Vamos adonde usted quiera.

CONDE. No la arrancarás de mis brazos. (Abrazando á su hija.)

ALB. No consumará usted una espantosa iniquidad. (Asiendo á Inés de una mano.)

ALVARO. Que la culpa se ha cometido, indudable es: si ella no, ¿qué otra persona pudo cometerla? ¿Por dónde entró? ¿Por dónde se fué? ¿Cómo sabia que estuviese en aque-

lla mesa el puñal?

CONDE. Pero este horrible misterio ¿llegará al fin á descubrirse?

INES. ¡Hay un Dios en el cielo!

CONDE. ¡Hija desventurada!

ALVARO. ¡Valor! (Llevándose á Inés de una mano.)

ALB. ¡Inés!

INES. ¡Alberto! ¡Padre mio!

ALVARO. Salgamos de aqui.

TODOS. ¡Oh! (Dando un grito y quedándose inmóviles al ver descorrerse en parte la tabla movediza del friso y aparecer en él á German.)

ESCENA VI.

DICHOS y GERMAN.

MICAELA. Está dormido.

ALVARO. Que no despierte. (Apagando la luz que hay en la mesa.)

INES. Ese hombre... (Con terror.)

ALVARO. ¡Silencio! (Llevándose á Inés hácia la izquierda. Micaela los sigue.)

ALB. ¡Él fué! (Con ira.)

CONDE. ¡Silencio por Dios! (Llevándose á Alberto hácia la derecha. Valentin los sigue.)

GERMAN. Vá á venir... Yo nada tengo... nada valgo... (Inmóvil en el hueco del friso.) Á mí no me puede querer... Le quiere á él... Vendrá... Don Alvaro... El rey... Mi amo dá su licencia... Los veré unidos... (Saliendo del hueco del friso que queda descubierto y adelantándose hácia el proscenio.) ¡No! ¡No! Ya tarda... ¡Ojalá venga pronto!... ¡Me duele el corazon! ¡Qué latir!... ¡Qué latir!... ¡Oh! Allí la veo. Le está esperando... (Aparece el espectro de Inés y la mesa que hay en la escena con una luz.) Un silbido... Otro... Duda... Vacila... ¡Que no venga ese hombre, que no venga!... Otro... (El espectro de Inés coge la luz y hace que la asoma al balcon. Luego la deja otra vez en la mesa.) Asoma la luz al balcon. ¡Desdichada! ¡Él es! (Aparece el espectro de Alberto, que se acerca al de Inés.) Mucho puede amar el corazon de un hombre. Mucho mas puede aborrecer. ¡Cuánto se quieren! ¡Cuál brilla en sus ojos la felicidad! ¡Le dá un abrazo cuando yo lo estoy viendo! (El espectro de Alberto abraza al de Inés.) ¡Infames! ¿Es el primero? ¡Será el último! (Sacando un cuchillo igual al otro

con que hirió á Alberto, de la mesa que se vé en el espejo, y apagando la luz que hay en ella.) ¡Le mataré!... ¡Le mataré!... (Acércase á tientas á los espectros y ase por una mano el de Inés.) Es ella. (Soltándole y dirigiéndose hácia el espectro de Alberto.) Ahora es él! (Asiendo por un hombro el espectro de Alberto. El de Inés le ase á él un brazo, formando el mismo grupo que en el acto primero.)

EL ESPECTRO DE ALBERTO. Já! já! já! (Riéndose.)

GERMAN. ¡Este al corazon! (Clavando el puñal en el pecho del espectro de Alberto.)

EL ESPECTRO DE ALBERTO. ¡Ay! (Cayendo en el suelo. Desaparece.)

EL ESPECTRO DE INÉS. ¡Oh! (Dando un grito. Desaparece.)

GERMAN. ¡Le maté!... Huyamos... ¿Y adónde? Viene detrás de mí... (Aparece el espectro de Alberto con el pecho lleno de sangre y en él clavado el puñal.) Le veo en todas partes... No: Desaparece el espectro.) es ilusion, la fiebre me hace delirar. (Volviendo la cara á otro lado.)

EL ESPECTRO DE ALBERTO. Já! já! já! (Apareciendo de nuevo como antes y riéndose.)

GERMAN. Su risa... Ahí está. (Volviendo la cara hácia el espectro.)

EL ESPECTRO DE ALBERTO. Já! já! já!

GERMAN. ¡Cómo se rie!... Já! já! já! (Riéndose como el espectro.) Su herida vierte sangre... Un mar de sangre le rodea. (El espectro toma un color rojizo.) ¡Y dicen que ella le ha matado!... (Desaparece el espectro de Alberto y aparece el de Inés en un fondo oscuro.) ¡Ella en un calabozo!... ¡Ella muriéndose de dolor!... (Desaparece el espectro de Inés y aparecen fantasmas negros y encarnados, que representen los remordimientos de German.) ¿Qué quereis, fantasmas aterradores, qué quereis, remordimientos implacables? ¿Por qué me perseguis, y ni despierto ni dormido me dejais descansar un solo momento? Quereis que hable, que pruebe la inocencia de Inés. No. Mi mano fué débil... Vive aun... ¡Se aman!... Serian felices. No. Mia ó de nadie. ¡Callaré! ¡Os cansais en vano!... Callaré. ¡En vano me desgarrais el corazon!... ¡Callaré! ¡Callaré!

CONDE. ¡Harto dijiste ya! (Acercándose á él y enérgicamente.)

ALVARO. ¡Despierta, desdichado! (Poniéndole una mano en el hombro.)

GERMAN. ¡Eh! ¿Que?... ¿Qué es esto?... Me llaman. Donde estoy. (Despertando muy sobresaltado y haciendo esfuerzos por darse cuenta de lo que sucede.)

MICAELA. Aqui, Barrabas. (Saliendo con una luz del dormitorio donde habia entrado un momento antes. Ilumínase el teatro.)

GERMAN. ¡Oh! (Dando un grito espantoso al ver dónde se encuentra y quiénes le rodean.) ¡Aqui!... ¡Dormido!... Tal vez... ¿Qué he dicho? (Con viva ansiedad.)

ALVARO. ¡Lo que no querias decir! (Con tono solemne.)

VALENT. Se descubrió el pastel, amiguito.

GERMAN. ¡Abierto! (Corriendo al friso y viendo descorrida la tabla.) ¡Condenacion!

ALB. ¡Inés! (Abrazándola.)

CONDE. ¡Hija! (Abrazándola tambien)

INES. ¡Gracias, Dios mio, gracias!

¡Fos violenta! Me ahogo,... agua... Ines.... (Bebe)

Alvaro— Sangre!!—

FIN DEL MELODRAMA.

Jerman= Me muero... Ines... perdon... los... ce... los... me martirizaban.... no me aborrecas... Perdon

Ah!! ~~yo el... el mal... di... Ah!!~~

Habiendo examinado este melodrama, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 15 de Noviembre de 1863.

Alv= Muerto!!!

El Censor de Teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.

Ines= Perdonalos Dios mio, como yo lo perdono